

AIXA DE LA CRUZ

✠ Modelos
animales

ED DE
SALTO PÁGINA

Romperse

Llevo una hora inclinado sobre la taza del váter y hay sangre por todas partes. Sangre seca en mi barbilla, gotitas de sangre en el dispensador de papel higiénico, en la pared, en las cortinas de plástico de la ducha; parece el set de *Psicosis*. Sin embargo, la película que me viene continuamente a la cabeza es una menos vieja, como del 2003, sobre un ataque alienígena. Las víctimas humanas empiezan a tener cólicos, se sientan en la taza del váter y paren/cagan (los destrozan) unos gusanos repugnantes que salen envueltos en mierda y sangre a acabar con la humanidad. Es curioso; a ratos encuentro tranquilizador que esto que me está ocurriendo sea tan exagerado. Es como si la escena dijera: no te lo tomes en serio, no te lo creas del todo. Pero yo sé que algo se ha roto por debajo de mis pulmones. Cómo explicarlo. Imagina que estás en el gimnasio levantando ochenta kilos; resoplas como una embarazada con contracciones. El esfuerzo lo hacen tus brazos, pero se siente en la cabeza, te laten las sienes a ritmo de *dubstep*, la presión sanguínea es tan alta que más tarde, no te cabe duda, tendrás las mejillas plagadas

de lunares púrpuras; siempre ocurre, también cuando vomitas. Es por culpa del esfuerzo. Tienes ganas de llorar pero aguantas el peso. Aguantas, aguantas, la tensión es insoponible, quieres hacerlo; sólo que de pronto algo falla. Los ochenta kilos en lingotes de cinco en cinco se derrumban sobre la base de la máquina; lo que tú quisieras, la voluntad, ya no importa. Te has roto. El estruendo es enorme pero dura un segundo. Es seco, breve, no deja armónicos, o si lo hace, se los traga el *reggaetón* del hilo musical. Es como tensar demasiado las cuerdas de una guitarra; gimen y luego revientan y al salir volando, si te golpean en un ojo, lo mismo quedas tuerto. Una vez, hace cuatro o cinco años, cuando comencé a entrenar, tuve una experiencia de este tipo y sufrí un desgarro en el bíceps derecho. Recuerdo, antes del dolor, un segundo, o igual menos, de desconcierto; yo sentía que mis músculos seguían sujetando un peso que, para mi asombro, se había desplomado en caída libre. Fue una pasada.

El estómago también es un músculo, ¿no?

Creo que me voy a morir y creo que no voy a pedir ayuda a nadie. Esto equivale a estar jodido. Pero la muerte es como el chorretón de sangre que he vomitado; algo que ves tanto en la tele y tan poco fuera que no acabas de creértelo. Yo sólo he visto un cadáver en toda mi vida. Mi abuela se había pasado tres años gagá en una residencia de ancianos. Siempre que iba a visitarla estaba tumbada y en trance, así que verla dentro del ataúd me causó poca impresión, fue más de lo mismo. En cuanto a la sangre, no creo haber visto nunca semejante cantidad. No al menos de esta manera, tan espesa y oscura y saliendo a presión como si abrieras un grifo.

Vomitarse sangre es como vomitarse chocolate caliente.

Últimamente he vomitado mucho, podría decirse que soy un experto en vómitos. Por ejemplo, sé lo siguiente:

que hay que masticar con cuidado los alimentos y acompañar la ingesta con pequeños sorbos de agua, pero no beber tragos largos una vez has terminado la comida; que cuando comienzan a salirte heridas en los dedos, es mejor recurrir a otro tipo de procedimientos, utilizar el mango del cepillo de dientes o incluso echarte gotas de algún producto particularmente nauseabundo, como el Hercampuri, que es amarguísimo y provoca náuseas; que al terminar, lo mejor es enjuagarse la boca con agua y bicarbonato de sodio, para mitigar el mal olor y estabilizar los jugos gástricos. Que es indispensable llevar agua de colonia encima, siempre, por si acaso.

Todos estos trucos los aprendí en internet. Hay blogs de anoréxicas (ANAs) y bulímicas (MIAs) en los que intercambian consejos y se dan apoyo. Claro, todo son mujeres. Se autodenominan princesas y los posts siempre están escritos con una tipografía muy estilizada sobre un fondo rosa. Esto me desconcierta; yo no soy maricón. Lo dejo claro no porque tenga nada en contra de los maricones sino porque ésta ha sido mi cruz desde que puedo hacer memoria. La primera vez que un niño puso en duda mi hombría aún conservaba algún diente de leche. En el instituto fui el *lolailo* y luego, definitivamente, el *plumas*, y aquello fue crucial porque, ya lo decía Aresti, creo que mi nombre es mi ser y que no soy sino mi nombre.

Era un adolescente regordete y de piel muy blanca. En los recreos me quedaba en clase leyendo libros de fantasía épica. Una vez, en cuarto de la ESO, las chicas que vestían de negro llegaron borrachas a Física y Química y a la semana siguiente nos mandaron a la orientadora para que nos diera una charla. Sólo recuerdo un detalle: que, según dijo, las mujeres tienen un porcentaje mayor de grasa en el cuerpo y por eso el alcohol les afecta más y más rápido. Fue entonces

cuando me di cuenta de que igual era mi sobrepeso —una gordura que no era exagerada, pero que me redondeaba como a una mujer menopáusica— lo que me daba un aspecto ambiguo, por así decirlo. Entonces di un cambio de rumbo. Por aquella época yo no tenía amigos, ni novia; no salía de viernes a domingo, de cinco a doce, a beber litros de kalimotxo bajo el puente de San Antón, pero mi tiempo libre estaba muy bien administrado. Estudiaba inglés y francés, iba al conservatorio a clases de guitarra y ayudaba a un crío con los deberes de matemáticas para sacarme un dinero. Pero todo aquello terminó. Mi madre siempre ha dicho que quien mucho abarca, poco aprieta, y valiéndome de su refrán, decidí enfocar mi tiempo libre hacia una actividad en exclusiva: el gimnasio. Al cabo de tres meses, mi vida había cambiado considerablemente.

Hoy no es que sea el tipo más popular del Deportivo. De hecho, han pasado los años y, al reencontrarme en la piscina con antiguos compañeros del instituto, se han empeñado en gastarme las mismas bromas de siempre, como si no pudieran controlar sus tendencias regresivas. Estas cosas se extienden como la pólvora. En vestuarios, los vigoréticos populares se ríen, por este orden, de 1) Willy, el síndrome de Down; 2) el hombre del banco, un tipo asqueroso que nunca se ducha; después de entrenar, todo sudado, se enfunda un impermeable verde y se sienta en recepción, con su portátil en las piernas, a apostar en bolsa; y 3) yo, el afeminado. Las cosas como son: hay que tener mucha paciencia para aguantar sus bromitas, pero esto no es el instituto. La jerga de vestuario es un código interno, crea pertenencia, es para iniciados y, digan lo que digan, con 70 kilos de músculo, 8% de materia grasa y bronce en el campeonato de pesos medios de Euskadi el pasado invierno, aquí la gente me respeta.

El respeto es algo que se gana; ergo, el respeto es algo que se pierde. Por ejemplo: cuando tomas anabolizantes. El lema del gimnasio, inscrito en todas las paredes, es el siguiente: «conoce tu cuerpo, busca tu límite». Si tomas esteroides, tu límite se pulveriza e incumples el mantra del aula de yoga: «fortaleza, superación, honestidad». Si vomitas cuanto comes salvo los batidos de proteínas, tampoco vas por el buen camino. Es un trastorno de ansiedad, dicen. Andrés, el de *body combat*, nos contó que estaba yendo al loquero porque no podía dejar de follar. Se gastaba 300 euros a la semana en putas y luego llegaba a casa y se follaba a su mujer y en el gimnasio, entre clase y clase, como quien sale a fumarse un cigarro, tenía que ir al baño a pa-jearse. Después de esta confesión dijo «es un trastorno de ansiedad» y por arte de magia todo el vestuario guardó un silencio solemne; algunos, incluso, lo miraron con admiración. Pero lo mío es distinto. La bulimia, de la que te informas en la red mediante blogs con dibujitos de hadas y princesas, es para la categoría «trastornos de ansiedad» lo mismo que «azafato» o «enfermero» para la categoría «oficios». Ojalá fuera adicto al sexo. Me atrevería a pedir ayuda.

Me contorsionan de nuevo las arcadas y vomito unas gotas de sangre mezcladas con bilis y con algo que, probablemente, sean restos de la tarta de manzana que he tomado de postre. Hay una parte de mí que piensa: bien, hidratos fuera. Mi dieta me permite tomar azúcares todas las mañanas, antes del entrenamiento, pero nunca por las tardes. Y es precisamente por las tardes, llevado por mi antilógica, mi antisentido de la oportunidad y mi antirrespeto por mi integridad física, cuando más se me antoja comer dulces. Podría haberme controlado y no estaría en la que estoy. Soy un puto perdedor; merezco lo que me está pasando.

Miro fijamente el ungüento rojo que he acumulado en el inodoro y siento que me sumerjo en él, que nado en él, que se me adhiere al cuerpo con brillo de carrocería de coche y parezco un superhéroe escarlata. ¿Cuánta sangre habré perdido? ¿Me estaré muriendo ya? Esta vez no han sido más que gotas y el dolor de estómago está disminuyendo. Dicen que antes de morir se experimenta una mejoría; una tregua. Es como en *Game of Thrones*, cuando van a decapitar a alguien y el verdugo empuña la espada y por un segundo el aire se congela y no hay ningún ruido; todo está en suspenso hasta que llega el tajo y la cabeza rueda y entonces se reinicia el movimiento. Me gusta la épica medieval y la fantasía. Me gusta la ciencia ficción. Antes, cuando no pasaba tanto tiempo en el gimnasio, leía.

No quiero que encuentren mi cadáver sobre la taza del váter. Reúno fuerzas para trasladarme al dormitorio. Camino encorvado, como si me aplastara una enorme chepa. En el Deportivo, una vez, tuvimos un jorobado. No duró mucho. Pero casi nadie lo hace. Me cuenta el encargado de recepción que el 60% de los matriculados se borran al cabo de cuatro meses. Otro mantra: «el dolor es inevitable, el sufrimiento no». Pero en el Deportivo vemos sufrir gente a diario. Personas tan gordas que no parecen personas se suben a una bicicleta de *spinning* y cada revolución, cada pedalada, es una batalla imposible: el gordo contra sus genes, el guloso contra la gravedad, el individuo contra el universo. A veces espío las clases monitoreadas. Me siento en una máquina de abdominales junto a las puertas de cristal y finjo que entreno mientras los observo: tres o cuatro monstruos desbordan sus bicicletas como una bola de masa para pizza que alguien hubiera clavado en el mango del rodillo. A su alrededor, veinteañeras atléticas y saltarinas, el culo en pompa, los muslos contorneados, ligerísimas. Su

esfuerzo, el de los gordos, me conmueve. Me dejan hipnotizado y me hacen pensar en escarabajos, en cómo de niños los poníamos boca arriba para verlos bailar, agitando sus patas, luchando por darse la vuelta. La gente piensa que los gordos no tienen fuerza de voluntad, pero hay que verlos en el gimnasio, con todo en contra, con su peso en contra. Me provocan vértigo.

Tumbado en la cama, en postura fetal, el dolor es más llevadero. Las sábanas huelen a suavizante; las cambié ayer. Me envuelvo en ellas, aspiro. Por un segundo, siento que soy un guerrero y que he vuelto a casa, victorioso tras la batalla; que estoy a salvo y se van a curar mis heridas. Pesan los párpados y querría dormir, pero estoy demasiado asustado. En el colegio, un compañero de clase cayó desde el barandal del paseo marítimo de cabeza contra las piedras del rompeolas. Fue un milagro, decían: apenas tenía un chinchón, regresó por su propio pie con sus padres; no estaba mareado. Pero al llegar a casa, después de cenar, lo acostaron y jamás despertó. Esa historia se me quedó grabada. De niño, tuve insomnio por su culpa muchas veces y ahora, aunque no me he dado ningún golpe en la cabeza, temo inundarme por dentro mientras duermo.

Alcanzo el iPhone de la mesilla y justo en ese instante, como si el dolor agudo que siento fuera capaz de transgredir las leyes de lo posible y mandar mensajes telepáticos de socorro, recibo un *whatsapp* de Leire, mi única amiga en el mundo. La conocí a principios de año, en una convención de *spinning* para la que me contrataron de monitor. Recuerdo con cierta nostalgia que estuve a punto de no ir. Odio esa clase de actividades. Me recuerdan a las convivencias católicas de fin de semana o a las colonias a las que me enviaban mis padres, para que fuera el gordito inútil que no debe faltar en ningún campamento.

Estas convenciones de *spinning* son básicamente maratones de bicicleta estática. Por la mañana, los asistentes pedalean a baja intensidad durante horas, hasta que megafonía anuncia que está listo el bufet, siempre asqueroso, siempre compuesto de pasta carbonara o pizza o cualquier otra opción grasienta, hipercalórica y difícil de vomitar. Se reanuda la rutina a media tarde con una clase algo más intensa de hora y media y luego, a la noche, cuando se retiran las bicicletas, la gente se emborracha a garrafón en las mismas instalaciones donde han entrenado, que ahora apestan a sudor rancio y feromonas.

Leire era la coordinadora del acto, cuyos fondos irían a parar a una protectora de animales que dirige. Nos conocimos por la tarde, mientras despejábamos el polideportivo para la fiesta. Hablaba sin parar sobre campañas de esterilización de gatos callejeros, leyes de protección animal y partidas presupuestarias menguantes. Yo la miraba alelado. No veía otra cosa que las gotitas de sudor que se iban formando en su escote. Aunque la sesión de *spinning* hubiera concluido, aún no había recuperado el ritmo cardiaco. Detrás de sus tetas y detrás de la caja torácica tras sus tetas, el corazón le latía con tanta fuerza que se podía distinguir un temblor muy leve sacudiendo su pecho izquierdo, calculé que a unas 100 sacudidas por minuto.

No me he follado a Leire y por eso es mi amiga. Hay un periodo crítico, cuando conoces a una mujer, tras el cual pierde sentido intentarlo. Pero al leer su mensaje —que Manu la ha dejado, que necesita salir a correr, que tal vez esta noche (pero esto no lo dice) bebamos dos whiskys de más y no pueda subir las escaleras de su portal ella sola— se me contrae el esternón y arrecia el dolor de estómago. Esta vez es tan agudo que me deja sin aire. Los retortijones duran poco más de un minuto, pero al terminar estoy empapado

en sudor como si acabara de correr esa carrera a la que Leire me invita mientras yo agonizo. Seco mis mejillas con el dorso de la mano. La humedad es excesiva; llego a la conclusión de que también he llorado. En cuanto recupero el aliento, un calambrazo me contorsiona como a una lombriz y, sin esfuerzo alguno, como si mi cuerpo ya hubiera asumido que esto es a lo que nos dedicamos ahora, echo una bocanada de sangre espesa sobre la alfombra. Me quedo viendo cómo las fibras absorben la parte más líquida del gargajo; los restos densos se coagulan poco a poco hasta que un musgo rojo parece haber colonizado el tejido.

Sé que a pesar de mis esfuerzos me voy a acabar durmiendo. Y lo quiero hacer con el rostro de Leire, recortado como en una foto de carnet, nublándome las ideas. Quiero concentrarme en ella, en su presencia conocida y amable —es alguien que sufrirá en mi funeral, hará las veces de viuda, aunque no estemos enamorados— y dejar que se difumine lo demás.

Al cerrar los ojos, los destellos de luz que se apagan poco a poco son de colores rosas y violetas y dibujan culebrillas. Me recuerdan a la vena retorcida que se hincha en su sien cuando algo la emociona, como las gatas esterilizadas o los cachorros de animales exóticos. Le comento a Fox Mulder que esa vena sinuosa me rescata de la apatía, me vuelve un Rottweiler violento, siempre listo para morder. Él responde que para cerrar este caso necesitará de ese arrojito. Sospechamos que hay un asesino suelto con el don de la regeneración. Transportamos el torso descabezado de su última forma humana con una carretilla pesada, en busca de un radiólogo que ha descubierto insólitas aplicaciones para los rayos X. Sus fotografías, según sostiene, retratan lo que hay y lo que falta. Gracias a él, podremos ver el rostro de nuestro criminal.

La ciudad no es Bilbao, pero lo parece. La atraviesa un río en cuya ribera abundan las fábricas abandonadas. Para colarnos al interior de una de ellas, es preciso encaramarse al túnel de ventilación y atravesarlo reptando. Parece imposible que vayamos a caber por ese espacio tan estrecho, pero milagrosamente, nos manejamos sin problema. Somos capaces, incluso, de entrar con la carretilla. Al aterrizar en suelo firme —un sótano lúgubre, un viejo laboratorio patas arriba— me siento agradecido por ser delgado.

El doctor Ray nos saluda con familiaridad, como si nos esperase. Pide nuestra ayuda para situar el cadáver en un soporte rodeado de bombillas y acciona la máquina. Por unos instantes, parece que se haya ido la luz del edificio. Huele a quemado y se escucha un chisporroteo de cables cortocircuitados. Tengo miedo, pero en seguida vuelve la corriente. Ray agita una inmensa fotografía que retrata a nuestro muerto con su antigua cabeza e incluso con un bastón de viejo que asumimos que es su complemento predilecto.

Reímos a carcajadas y celebramos nuestro hallazgo con bourbon y cigarros de puro. De repente, se me ocurre que yo también quiero probar la máquina. Ya en el colegio era de los que siempre se fotocopiaban las manos y el culo y hasta la cara, cerrando los ojos, con la esperanza de descubrir algo distinto, una forma diferente de contemplarse a uno mismo. Cuando me tumban en la camilla, un intenso flashazo de luz blanca me ciega y por unos segundos, vuelvo a mi cuarto, al papel de pared estriado, al póster de Sonata Arctica, al dolor. No me quiero quedar. Por suerte, es sólo un instante. Aquí está mi fotografía, aún más grande que la de nuestro cadáver, porque contiene dos cuerpos. Tendido junto al mío —grasiento y amorfo, pectorales como peras derretidas, muslos flácidos y generosos— yace el de una mujer a la que reconozco de inmediato. Es la pri-

mera vez que la veo desnuda. Sus pechos son más grandes y redondos de lo que podía imaginar. Me recreo un buen rato en ellos.

Ray se muestra muy sorprendido porque nunca antes había revelado algo semejante. Comenta que una vez retrató a un hombre con su perro, que había muerto esa semana. Pero Leire no está muerta; soy yo quien está en camino. Me piden explicaciones, pero los escucho lejos. Tengo un hambre horrible, algo que ruge en mis entrañas y me traslada a otro lugar.

La confitería parece un palacio de cuento de hadas. Todas las bandejas se exhiben en expositores redondos que ascienden metros, de mayor a menor superficie, como en las tartas de bodas. Hay bidones de cristal repletos de trufas de chocolate y nata envueltas en papel maché; pasteles tradicionales —carolinas, tocinos de cielo, yemas, alfajores, piononos, borrachitos— y también donuts y magdalenas con glaseados rosas, verdes y amarillos. No todo es dulce; en la sección de hojaldres encuentro empanadas de bonito, tartaletas de *foie* e incluso bollos preñados con chorizo. La belleza del lugar me desarma y éste es igual el motivo por el que no me atrevo a tocar nada.

El espacio está iluminado por una intensa luz blanca, como en los platós de fotografía, que proviene del fondo del local. Es tan intensa que, a medida que avanzo, los manjares que me rodean se vuelven destellos brillantes, como estrellas. No soy yo, sino esa luz, la que lo devora todo. Su hambre es infinita y, cuando me sumerja en ella, seré un plato más de su festín.